

## SERMON

DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO PREDICADO EN  
LA CAPILLA DEL COLEGIO, EL 15 DE OCTUBRE DE 1916

«In omnibus sumentes scutum  
fidei, in quo possitis omnia tela  
nequissimi ignea extinguere.»

«Empuñad el escudo de la fe en  
todas las cosas, para que podáis  
apagar todos los dardos inflama-  
dos del espíritu perverso.»

(Eph. VI, 16).

Ilustrísimo Señor Arzobispo, Ilustrísimos Señores, respetable  
Claustro:

Al ensalzar hoy a la Reina de los Cielos, al tri-  
butar vuestros homenajes de amor y de gratitud a  
Nuestra Señora del Rosario representada en la hermo-  
sa y tradicional imagen de la Bordadita, os vienen ne-  
cesariamente a la memoria satisfactorios y gratos recuer-  
dos de lo pasado a la par que os confirmáis más y más  
en el espíritu que debe animaros como católicos y como  
miembros que sois de este respetable Claustro. Os vien-  
nen a la memoria los satisfactorios recuerdos del culto  
que en tan repetidas ocasiones le habéis tributado, de  
las suntuosas fiestas celebradas por vosotros en su  
honor, en las cuales competía la blancura de las flores  
que adornaban el altar, con los maravillosos efectos  
que la gracia santificante producía en vuestras almas.

Tampoco podéis dejar de pensar en el origen his-  
tórico de esta imagen que nos hace recordar la pia-  
dosa generosidad de una reina y la sabiduría de un  
fundador el cual al colocarla en el altar del Colegio  
puede decir a sus alumnos estas palabras del Apóstol  
San Pablo a los Corintios:

«Yo eché en vosotros cual perito arquitecto el  
cimientto del espiritual edificio» (1).

(1) 1.º Corint., III, 10.

Así como el cimiento colocado por el arquitecto  
impide la destrucción del edificio y le da solidez, así  
también Nuestra Señora del Rosario impide los males  
que pretende hacer el enemigo en medio de vosotros  
y os confirma en vuestras creencias católicas.

Quiso Fray Cristóbal de Torres, fundador de este  
Colegio, colocar a la Bordadita como piedra fundamen-  
tal de esta institución, deseaba formar católicos verda-  
deros, hombres llenos de ciencia, pero no de la que  
hincha según el Apóstol sino de la que basada en la  
caridad edifica (1). La puso delante de vosotros a fin  
de que sea ella la que os enseñe la verdad católica de  
preferencia a cualquiera de las ciencias humanas.

«Yo eché en vosotros» dice el Apóstol, «el cimien-  
to del espiritual edificio, otro edifica sobre él.»

Esto es: Yo puse las bases de vuestra conver-  
sión y otros que han ido después de mí siguen ense-  
ñándoos.

Este ha sido el fin que se propuso el fundador de  
este Colegio, a saber:

Colocar a Nuestra Señora como fundamento de su  
obra y dejar vivo, valiéndose de tradiciones sapientísi-  
mas, el espíritu de su obra.

Por eso vuestros superiores no hacen innovaciones  
en contra de él, por eso sin huir de lo que puede ser  
útil en las prácticas y disciplinas modernas, conservan  
con escrupuloso cuidado lo antiguo y tienen como lema  
el *nova et vetera* del Padre de familias, salido de los  
labios del Divino Maestro (2).

A fin de que no os apartéis jamás de la fe que  
recibisteis en vuestros primeros años y que tanto se os  
ha inculcado aquí en el Colegio y para que las cosas  
nuevas que aprendáis en lo sucesivo no os alejen de  
vuestras creencias, voy a hablaros de la virtud excelsa

(1) 1.º Corint., VIII, 1.

(2) Matth., XIII, 52.

de la fe, llamada con justa razón por San Agustín «principio de la visión beatífica.»

Consideremos hoy la necesidad de esta virtud y los maravillosos efectos que produce.

Muy grato será para la Bordadita veros a vosotros verdaderos y prácticos creyentes, hijos sumisos de la Iglesia que no se avergüenzan de profesar la fe que recibieron en el bautismo.

Pidámosle que nos ayude con su gracia saludándola con el *Avemaría*.

El Apóstol San Juan en su primera epístola nos habla de la fe como de un medio eficaz para alcanzar la victoria contra el mundo.

«Todo hijo de Dios vence al mundo,» nos dice, «y lo que nos hace alcanzar victoria sobre el mundo es nuestra fe.»

*«Haec est victoria quae vincit mundum fides nostra.»*

La historia del género humano en el sentido sublime de la palabra, dice un autor contemporáneo, no ha sido otra cosa sino la historia de las virtudes de la fe.

Ella ha triunfado de la persecución, por la constancia y firmeza de los mártires; del error, por la excelencia y sublimidad de su doctrina; de los vicios y de las pasiones humanas, por la multitud innumerable de los santos que han practicado hasta el heroísmo las virtudes cristianas; ha triunfado de la barbarie civilizando los pueblos que la han abrazado, y finalmente del demonio, acabando con la idolatría y llevando las almas al culto del verdadero Dios:

Sublimes son estas palabras, hermanos míos, pero antes de subir hasta tan alto en la demostración que me propongo, quiero descender hasta lo más bajo a fin de que esta palabra fe, vista por muchos como una invención del obscurantismo, aparezca como una cosa

necesaria, indispensable, y de la cual no se puede prescindir ni siquiera en las cosas más triviales de la vida.

El Concilio de Trento al definir la fe nos dice que es el principio de la salvación, el fundamento y la raíz de la justificación.

Ha querido el Señor establecer una comparación entre el orden natural y sobrenatural y quiere que apoyados en el primero pasemos sin dificultad al segundo.

Que sea la fe natural un principio necesario para la vida del hombre y para el desarrollo de las naciones es cosa que ya vosotros habéis oído en ocasiones semejantes a esta, me contentaré con llamaros aquí la atención sobre los motivos de credibilidad de que hacemos uso en tales circunstancias, siguiendo paso a paso el raciocinio que hace Teófilo de Antioquía cuando se dirige a aquellos que no quieren admitir otro criterio que el de la sola razón humana.

Estas son sus palabras:

«Por qué os obstináis en no creer?»

«No veis que la fe encamina vuestras acciones y va delante de ellas necesariamente?»

«Qué labrador cosecharía si no confiara a la tierra su semilla?»

«Quién pasaría la mar si no se fiara al piloto y al navío?»

«Qué enfermo sanaría si no pusiera antes su confianza en el médico, y qué arte o qué ciencia aprenderíais si no empezarais por creer al maestro que os la va a enseñar?»

«Y el labrador confía en la tierra, el navegante en el navío, en el médico el enfermo ¿y vosotros rehusáis entregaros a Dios que os ha dado tantas pruebas incontestables de su poder y su bondad?»

No seáis por tanto incrédulos puesto que aún en el curso de la vida forzosamente habéis de ateneros al

testimonio de los hombres so pena de vivir en la ignorancia (1).

Por eso cuando el Apóstol San Juan nos habla de la fe divina, de la que es principio de la salvación y fuente de toda justificación, nos trae como argumento de ella este testimonio que damos a la afirmación de los demás y refuerza su argumentación al establecer la diferencia que media entre Dios y los hombres.

Estas son sus palabras:

«Si admitimos el testimonio de los hombres, de mayor autoridad es el testimonio de Dios; ahora bien, Dios mismo cuyo testimonio es el mayor, es el que ha dado de su Hijo este gran testimonio (2).»

Vosotros mismos, cuando os entregáis al estudio de las ciencias humanas colocáis vuestra fe en la palabra de los sabios que experimentados en ellas, os aseguran su certidumbre y os dan pruebas satisfactorias de su evidencia; pero en éstas también encontramos cosas elevadas y sublimes, fuerzas cuyas propiedades conocemos en parte pero cuyas causas nos son enteramente desconocidas sin que por eso rechacemos su existencia o su nombre como rechaza el materialista la palabra alma cuyos efectos está sintiendo en sí mismo, los cuales tiene que concebir como provenientes de algo distinto de la materia aunque no vea el principio inmaterial y espiritual que los está produciendo.

Si creemos pues en el testimonio de los hombres, hemos de creer con mucha mayor seguridad en el testimonio certísimo de Dios que nos enseña la verdad y que ni quiere ni puede engañarnos.

Es este el raciocinio que hace Santo Tomás de Aquino con la claridad y dilucidéz que lo distinguen cuando nos habla así:

(1) Teófilo de Antioquía, libro a Antólco, I, 8.

(2) 1.º Epist., S. Juan, V, 9.

«Mucho más seguro está el hombre de lo que oye de Dios que no puede engañarse, que de lo que ve con su propia razón que puede engañarse» (1).

Y si en el terreno puramente humano, si en el orden de la naturaleza es tan grande la fe y comprende tantas materias, ¿qué no abrazará en el orden de la gracia cuando pasa a ser virtud teológica anterior a las demás, la convicción de las cosas que se esperan como si ya se poseyesen, la virtud cuya recompensa como dice San Agustín, será ver lo que hemos creído?

Acerca del objeto de esta fe se expresa así San Bernardo:

«Qué no encuentra la fe? Alcanza las cosas inaccesibles, descubre lo desconocido, abraza lo inmenso, se apodera del porvenir y por fin encierra la misma eternidad en su seno.» Apliquemos esto al dogma católico:

Convencidos por la luz natural de que hemos sido criados por Dios y de que tenemos un fin que no hallamos en las criaturas, subimos hasta Aquel y proclamamos su existencia, no fundados ya en la sola razón natural, sino apoyados en la certidumbre que nos suministra la fe.

Es entonces cuando cumplimos con aquel precepto del Apóstol manifestado en estas palabras:

«El que se llega a Dios ha de creer que Dios existe y que es remunerador de los que le buscan» (2).

De aquí pasamos a conocer otras verdades contenidas en la revelación y cuyo conocimiento no podíamos adquirir por la sola razón natural, pero la fe, que como decíamos antes, descubre lo desconocido, nos presenta al Verbo hecho carne, nos hace ver en El un hermano y reconocemos así la generosidad del Eterno

(1) 2.º Gal. IX; v. IV, Art. 8.

(2) Hebr., XI, 10.

Padre que como dice el Apóstol San Juan, ha tenido tierno amor hacia nosotros, queriendo que nos llame-mos hijos de Dios y lo seamos (1).

Admiramos en seguida los designios de la Provi-dencia que nos envía un Redentor que expie el pecado, y bañados en su sangre preciosa nos hacemos partici-pantes de aquella gracia que, como dice el Apóstol San Pedro, es una verdadera participación de la naturaleza divina.

Por el mismo, dice, esto es, por Jesucristo, nos ha dado Dios las grandes y preciosas gracias que había prometido para hacernos por medio de ellas consortes de la divinidad, huyendo de la corrupción de la natu-raleza que hay en el siglo (2).

Vastísimo campo nos sigue abriendo la fe: el Verbo que es ya nuestro hermano por la Encarnación viene a hacerse nuestro alimento en la Eucaristía; es verdad que al creer en ella renunciamos a lo que nos dicen los sentidos, pero también es verdad que es en aquel banquete sagrado en donde con profusión extraordinaria se nos comunican las luces de lo alto, las cuales según expresión de labios muy autorizados, particularmente aquí entre vosotros, purifican el corazón e iluminan la mente (3).

Santificados por todas estas gracias, la fe nos hace seguir la autoridad de la Iglesia y nos la muestra abra-zando el tiempo y la eternidad en una inmensa comu-nicación de oraciones, de sufrimientos, de méritos y de gloria; descubre lo desconocido, según la frase que ya os cité de San Bernardo y nos asigna como término de las buenas obras, la vida sobrenatural y eterna que esperamos los católicos.

(1) 1.º San Juan, III, 1.

(2) II. San Pedro, I, 4.

(3) Monseñor Carrasquilla. Sermón del Santísimo, pág. 334.

## II

Es este el objeto de vuestra fe, estas las verdades que aprendisteis de los labios llenos de autoridad de vuestras madres; réstame excitaros a amar esta fe ha-ciéndoos ver brevemente sus excelencias según la doc-trina admirablemente expuesta por San Buenaventura.

Según éste, grandiosa y admirable es la forma de esta virtud excelsa, sus actos encierran las más gran-des virtudes y abundantes se nos ofrecen sus frutos.

Es ella el arca de la alianza, superior como ella al propiciatorio toda vez que sin la fe, no hallamos la misericordia de que necesitamos para salir del pecado.

Es la estrella de Oriente que conduce a los Magos a Belén y hace que se despojen de las apariencias que los rodean y adoren al Niño en medio de la pobreza que lo caracteriza.

Profunda es la frase de San Pablo cuando dice que la fe es la substancia de las cosas que se esperan y la demostración de las que no aparecen (1). Esto se-gún Lacordaire nos indica que lo invisible es la sub-stancia y que sólo la fe da de ello la demostración o la certidumbre absoluta, adhiriéndonos de una manera irresistible pero libre al testimonio divino (2).

Los actos de la fe según la doctrina que os cité de San Buenaventura, están acompañados de las más grandes virtudes pues para que ésta sea perfecta debe llevar consigo una confesión verídica, una piedad sin-cera y una obediencia total a la autoridad de la Iglesia.

«*Fides ad hoc ut sit commendabilis debet habere tria scilicet: veridicam confessionem, magnificam devotio-nem, catholicam probationem*» (3).

(1) Epíst. de los Hebr., XI, 1.

(2) Lacordaire, *Sermón sobre la fe*, tomo 1.º, pág. 122.

(3) S. Bonav. *De fide*, vol. 6, pág. 299.

Es verídica la confesión de la fe cuando nuestros hechos están de acuerdo con las palabras que la manifiestan, cuando a nuestra vida se le pueden aplicar estas palabras de San Pablo: «El justo vivirá por la fe» (1).

Debe estar acompañada en segundo lugar de una devoción sincera de tal manera que el que la profese confíe únicamente en el testimonio de Dios. Esta fue la fe de Abraham el cual contra toda esperanza humana creyó en el testimonio de Dios y esto le mereció la salvación.

«Crejó Abraham a Dios,» nos dice la Escritura, «y su fe reputósele por justicia.»

«*Credidit Abraham Deo, et reputatum est illi ad salutem*» (2).

San Gregorio nos dice que no tiene mérito aquella fe cuya verdad manifiesten los experimentos humanos.

Debe además la fe ser constante en medio de las adversidades y de las pruebas, semejante según dice Nuestro Señor Jesucristo, al grano de mostaza el cual a medida que se le consume en la tierra, se levanta con más fuerza.

Tal fue la fe de los mártires, los cuales armados con ella, superaron los poderes todos de este mundo, las mofas de los perseguidores y las cadenas mismas que los sujetaban.

Grande es la fe cuando es constante en suplicar, esta fue la fe de la Cananea y del Centurión los cuales estaban convencidos del poder infinito de Cristo: la primera oraba aunque el Salvador parecía no atenderle; creía el segundo en la eficacia de la palabra de Jesús cuando le dice:

«Mándalo con tu palabra y quedará curado mi criado» (3).

(1) A los Hebreos, X, 38.

(2) Génesis, XV, 6.

(3) Mat., VIII, 8.

Debe además nuestra fe estar sometida a la autoridad de la Iglesia, porque si mediante la fe creemos en ésta y si la fe es la que nos hace ver en el Sumo Pontífice al Vicario de Cristo, al Sucesor de Pedro, los actos de esta virtud así como nuestra vida práctica deben estar regulados por las enseñanzas y disposiciones dimanadas de Roma y salidas de los labios del Representante de Jesucristo.

Qué habré de deciros de los frutos de esta virtud?

Según la doctrina que os cité de San Buenaventura es la fe la que nos salva.

«Tu fe te ha salvado» le dice Nuestro Señor a la Magdalena (1).

Purifica la mente así como purificó la de los gentiles recién convertidos de los cuales nos habla San Lucas (2).

Pelea contra todos los poderes de este mundo según lo expresa San Pablo cuando nos dice: «Los profetas por la fe conquistaron reinos, ejercitaron la justicia, alcanzaron las promesas, taparon las bocas de los leones (3).»

Desprecia las cosas temporales según lo expresa el mismo Apóstol cuando al hablar de Moisés nos dice que cuando llegó a grande negó por la fe ser hijo de Faraón (4).

Ella finalmente nos hace hijos de Dios y dignos de la vida eterna.

Cuando nosotros los sacerdotes nos hallamos a la cabecera de un moribundo a fin de encomendarle el alma, hacemos resaltar la excelencia de la fe cuando le decimos a Nuestro Señor Jesucristo que si bien es verdad que aquel pobre agonizante cometió yerros en su vida, porque fue pecador, con todo no negó al Padre

(1) S. Lucas, VII, 50.

(2) Hechos Apost., XV, 9.

(3) Hebr., XI, 32 y 33.

(4) Hebr., XI, 24.

ni al Hijo ni al Espíritu Santo sino que prefesó la fe católica.

Que esto se pueda decir con toda verdad de vosotros; que la Bordadita os enseñe a creer, os confirme en la fe más y más y que después de la vista de Dios la mayor gloria de que disfrutéis en el Cielo, sea la de contemplar a Nuestra Señora no ya bordada por manos de hombres sino conforme ella es, llena de gloria y rodeada de sus devotos.

ROBERTO GONZALEZ ÓTERO  
Presbítero

---

## LOS DOS BRONCES

I

FREMIET

Desde el azul del cielo  
el lumínico sol de la mañana  
derrama sus alegres resplandores;  
a su beso las flores  
abren sus broches de beldad lozana;  
desgranar los alados trovadores  
dulcísimos concertos,  
y los fragantes vientos  
con ritmos vagorosos  
del lago juegan con las glaucas ondas,  
mientras mecen los árboles airosos  
el abanico verde de sus frondas.

Y en el inmenso parque, cual mirando  
de su amplio pedestal sobre la altura  
del horizonte la extensión lejana,  
ven mis ojos la bélica figura  
del Padre de la Patria colombiana.